

UNA ANTIQUÍSIMA PARÁBOLA SE PONE DE MODA

POR JORGE KATTÁN ZABLAH

Salvadoreño

A Don Torcuato Enríquez López

Don Macario Cárcamo, cronista oficial de Cojontepeque, decidió un día realizar un periplo por algunos de los pueblos más remotos del país. Fue así como arribó a una curiosa localidad escondida entre escarpados riscos que en el verano la protegían de los inclementes ventarrones y en el invierno le servían de abrigo contra el intenso frío.

Don Macario notó de inmediato que la población entera se encontraba participando en una fiesta que parecía no tener fin. Y, en efecto, no lo tenía, como vendría a saberlo después. Los altoparlantes ubicados estratégicamente en todos los rincones del villorrio vomitaban a todo volumen los sones en boga, provocando una visible alegría contagiosa entre los lugareños. Unos bailaban, otros libaban. Había también los que cantaban, los que comían hasta el hartazgo, los que estaban involucrados de lleno en juegos de azar y los que, formando animados corrillos, se dedicaban a despellejar inofensivamente al prójimo.

Al anciano cronista le daba la impresión de que a ninguno de los moradores le importaban un pepino las tribulaciones, dolores, sufrimientos y tragedias que afectaban al resto de los

ciudadanos de la nación porque allí el júbilo imperaba por doquier, y la verdad era que hasta los gatos, perros y chanchos callejeros se habían contaminado del irresponsable jolgorio. Aquella algarabía ahogaba los porfiados mujidos de las vacas en celo, los relinchos lujuriosos de los garañones y los rebuznos obscenos de los burros enamorados. Al mismo tiempo, Don Macario pudo observar con sus ojillos casi glaucos que muchos hombres y mujeres dormitaban a pierna suelta sobre el empedrado de las callejuelas y en las aceras, seguramente a consecuencias del cansancio y de haber ingerido licor sin comedimiento alguno. Ante aquel espectáculo entre paradisiaco y diabólico, un forastero cualquiera podría aseverar que la amargura, el desengaño, la desesperanza y las contrariedades de la vida habían sido desterradas de aquel diminuto mundo surrealista.

Mas lo que realmente tomó por sorpresa al desprevenido cronista fue constatar que allí nadie mostraba el menor interés en trabajar, prefiriendo zambullirse hasta el fondo en aquel océano de esparcimiento y holgazanería. Y aunque su incredulidad lo impulsó a frotarse los ojos repetidas veces, todo fue en vano porque lo que él veía no era producto de una alucinación, sino la pura realidad. Al principio,

sus pensamientos sobre las escenas que estaba presenciando se echaron a trotar con cierta parsimonia, pero no tardaron en transformarse en desbocado galope.

Impulsivamente, Don Macario interrumpió la juerga de uno de los lugareños con el propósito de despejar algunas de las interrogantes que lo asediaban y mantenían en un estado de soberana confusión:

—Dígame, buena señora, ¿qué fiesta es ésta que con tanto entusiasmo y pompa se está celebrando?

—Usted, por lo visto, es afuerino, caballero. Se le nota por la vestimenta y, en particular, porque es el único que anda con caites – respondió, dejando escapar una sonrisita estran- gulada.

—Lo que usted dice es la merísima verdad. Aquí sólo yo llevo sandalias y ropa hecha de sacos de harina, como es la costumbre en todas las otras localidades rurales del país.

—Mire, le voy a decir la verdad, señor forastero. Hace ya casi cuatro años que nosotros nos vestimos así, con galas hechas en la capital o en el extranjero. Por estos lados, los caites ya pasaron a la historia. Nosotros, como ha podido ver, calzamos botas, botines, mocasines y zapatos de tacón alto de los mejores cueros y los más lindos estilos.

—Sí -dijo lacónicamente el cronista-, ya lo había notado. Y agregó: ¿Y de dónde han sacado el dinero para mercar todas esas cosas, si aquí, por lo que he podido apreciar, nadie trabaja?

Y la señora, con gran derroche de cinismo, le respondió claro y pelado:

—Perdone usted, buen señor, pero hoy en día, como usted debería de saber, gran parte de los pobladores de nuestro villorrio vive en Estados Unidos y en otros lugares, y todos ellos son tan generosos que nunca se olvidan de mandarnos dinero religiosamente. Ahora, seamos francos, y dígame usted, ¿para qué

demonios tendríamos nosotros que laborar como antes si la plata nos llega puntualmente en esas abundantes remesas? ¿No le parece a usted que sería una tontería ponernos ahora a labrar la tierra y hacer tantos esfuerzos físicos que, por lo demás aseguran los entendidos que son tan malos para la salud? Cuando necesitamos mano de obra, la traemos de afuera; pero, eso sí, ninguno de los que somos de por aquí se rebaja a hacer esas labores. En esta villa de Dios, el único idiota oriundo de este lugar que trabaja es Fulgencio Aguirre....Mírelo, ahí va. Es el limpiabotas del pueblo... Dicen que está trastornado....

No había terminado de cerrar la boca la señora interpelada cuando Don Macario la dejó plantada ahí mismo y a paso acelerado salió a darle cacería al tal Fulgencio. Y tan pronto lo alcanzó, entabló con él el siguiente diálogo:

—Buenas tardes, amigo. Disculpe, no soy de por aquí...Me llamo Macario Cárcamo.

—¿Dijo usted que se llamaba Macario Cárcamo? ¿El famoso Don Macario, cronista de Cojontepeque?

—El mismo; pero lo de famoso, no sé. Eso sí, yo soy Macario Cárcamo, cronista oficial de Cojontepeque, para servirle.

Fulgencio, hombre de rostro endurecido por los obstinados reveses de la vida, resultó ser una persona de fácil conversación y de palabra directa.

—Yo he oído hablar muy bien de usted. Sé que no quiere que le limpie los zapatos, porque los caites, como los que usted lleva puestos, nadie los lustra... Dicen que usted, con sus sabios cuenteretes, sabe arreglar cualquier enredo...¿En qué puedo servirle?

—Según me acaba de contar una señora, fuera de usted, aquí todos son enemigos del trabajo porque con las remesas que vienen del extranjero tal cosa se vuelve innecesaria.

—No le han mentado, Don Macario. Es la purísima verdad.

—Pero, y usted, ¿ por qué trabaja, entonces? ¿No tiene usted también parientes en el Norte y en otros lugares?

—Sí, los tengo...Y al principio me mandaban remesas, pero a los pocos meses me cansé y les dije que, por favor, ya no me enviaran dinero, que prefería valerme por mí mismo, como ha sido la tradición de toda mi familia. Aquí, entre nos, yo sospecho que esta bola de juerguistas algún día va a recibir un castigo divino, ejemplar...Como ha podido ver, señor cronista, aquí todo el mundo está enfiestado. Cuando les pasa el cansancio y la embriaguez a los que están durmiendo en las calles, despiertan y se incorporan a este relajó. Entonces, otros caen al suelo como guineos maduros y empiezan a roncar, y así sucesivamente se van turnando. El asunto es que aquí todo es diversión y fiesta, amigo...Una feria eterna.

—Me parece que sus ideas, mirándolas detenidamente, tienen sentido.

—Así pienso yo también, pero aquí me tienen por loco y descriteriado - Y continuó con encendidas palabras:

—Es que esto no puede ser, Don Macario, porque ese dinero que viene de nuestros parientes pobres que están afuera, a donde han ido en busca de un sueño que no se puede alcanzar, y donde en este mismo momento están sufriendo penurias, discriminación y otras injusticias, debería ser usado para ayudar a que mejoren los más pobres, que somos nosotros, y no para malgastarlo, como se está haciendo en este caserío. ¡Es un desperdicio sin nombre! ¿Qué dice usted, Don Macario? ¿Estoy loco o no? ¡Usted dirá!

—Pues no me lo va a creer usted, pero aquí mismo ando llevando en el bolsillo algo que leí recientemente en una vieja gaceta de mi comarca. Estoy seguro de que a usted, Fulgencio, le viene al pelo. ¿Qué le parece si nos acomodamos bajo la sombra de aquel frondoso conacaste para que se lo lea?

—Magnífico, así también logro descansar aunque sean unos quince minutos.

Y luego de que ambos se instalaron cómodamente, el cronista, calándose las antiparras sobre su roñosa nariz, engoló la voz y dio comienzo a la lectura:

DE CÓMO LO BUENO Y ABUNDANTE RESULTÓ DAÑINO

Un día de tantos, Dios, mostrando acusada preocupación en el semblante, llamó a San Pedro a gritos despepitados. Era obvio que el asunto era urgente no sólo por los chillidos que había pegado, sino también por lo que le dijo a su predilecto empleado celestial:

—Mirá, Perico, ¡llamame inmediatamente a todos los miembros de mi gabinete! Tengo que resolver un asunto que no me deja conciliar el sueño.

En cuestión de segundos ya estaban los santos reunidos alrededor de su admirado Jefe Supremo, cada uno de ellos acomodado sobre una nube. Dios, tal como le correspondía por su elevada jerarquía, hizo lo propio, despenancándose sobre un cirro muy grande y esponjoso. Y así dio comienzo aquella insólita asamblea plenaria a abocarse a la cuestión que el Jefe Máximo traía entre manos.

Dios les dijo que había estado observando con mucha atención lo que ocurría en un pueblucho centroamericano que ni en el mapa aparecía, donde los sufridos lugareños laboraban sin parar, a veces hasta dieciséis o veinte horas al día. Lo dicho incluía, además de hombres recios, a niños, mujeres y ancianos, según les hizo ver en aquella patética oportunidad. En seguida, y sin poder esconder su divina irritación, les dirigió la palabra en estos términos:

—Hermanos, os he mandado llamar para que me ayuden a encontrarle solución a esta tragedia humana que os acabo de relatar.

Lo cierto es que allí se barajaron muchas ideas, casi todas buenísimas, pero la que indicó San Judas fue la que prevaleció y la que más le agradó al Supremo Hacedor.

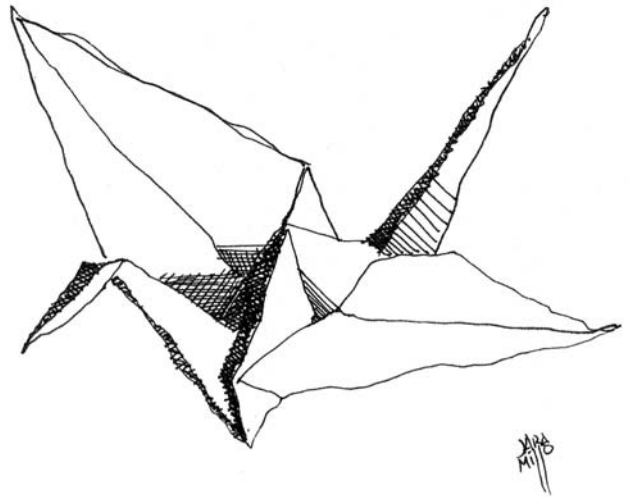
San Judas sugirió, con todo respeto, que para acabar con aquella reprochable injusticia sería bueno que Tata Dios hiciera llover moneditas de oro en el villorrio de marras. Sostuvo que tal milagro vendría a traerles felicidad a los lugareños y acabaría por sécula seculórum con los trabajos inhumanos que tenían que realizar cotidianamente para subsistir.

Y como Dios no se anda con babosadas, al poco rato estaban ya cayendo, o mejor dicho lloviendo, las moneditas de oro puro, de 24 quilates, sobre todo el pueblucho.

La reacción de los lugareños no se hizo esperar.

Lo que Dios y su gabinete presenciaron desde las alturas fue algo similar a lo que sucede cuando se revienta una piñata, pues todos arriesgaban sus vidas por coger más y más de aquellos dulces metálicos. Hubo sopapos, coscorrones, empellones, arañazos, soplamocos y hasta más de algún garrotazo que llenaron de horror a quienes observaban el evento desde los más altos círculos del cielo, pero como una vez que hubo pasado un tiempo prudencial se impuso la calma, allá arriba todos se tranquilizaron.

Día a día, Dios supervisaba personalmente, por así decirlo, su extraño proyecto. No tardó mucho en notar que desde que cayó la lluvia bendita la gente había abandonado por completo sus labores cotidianas, cosa muy ajena a sus propósitos, entregándose a un desenfundado jolgorio. Decir que estaba contrariado habría sido un eufemismo porque, la verdad sea dicha, hasta humo le salía de sus divinos oídos. De pronto, entre tanta celebración y despilfarro, notó algo que le llenó el pecho de profundo orgullo. Divisó a una persona, la única en la localidad que no participaba en absoluto en



aquel reprensible derroche. Se trataba de Catarino López, el zapatero del pueblo, hombre cuya minúscula nariz apenas emergía de su redondo rostro, pero poseedor de una integridad humana gigantesca. Al parecer, este ciudadano no se dejó llevar por aquel manjar dorado y prefirió continuar con su trabajo rutinario, bufando y sudando. Después de todo, los que habían participado en la piñata le compraban zapatos, pagándole, aunque mezquinamente, con las mismas moneditas que habían recogido y que, fuera de los golpes, empujones y trancazos de que hablamos, no les había costado ni siquiera una gota de sudor personal. Dios había visto a Catarino laborar con la persistencia de un abejorro, la terquedad desbordante de un armadillo y la reciedumbre moral de un mulo despechado. Y en ese momento, sin convocar de nuevo a su gabinete celestial, les echó mano a sus poderes omnímodos para hacer desaparecer ipso facto todas las moneditas de oro que generosamente les había prodigado, excepto las moneditas que se encontraban en poder del zapatero. En resumidas cuentas, gracias a su laboriosidad y honestidad, Cata-

rino terminó siendo el único verdaderamente rico en todo el villorrio.

Y en este punto el anciano cronista puso fin a la lectura de aquella parábola olvidada, por no decir oxidada. Luego, le habló a su perplejo amigo con estas tiernas palabras:

–Espero que le haya gustado lo que acaba de escuchar, aunque sé que no lo ha entendido totalmente por lo retorcido del lenguaje... De todas maneras, de lo que no haya logrado digerir, saque usted las conclusiones que le dé la real gana. Mire, Fulgencio, usted podrá tener todo el aspecto de un trastornado mental manicomiable, pero de loco, lo que se dice de loco, usted no tiene ni un pelo. Eso se lo puedo asegurar.

Y habiendo dicho esto, don Macario dio media vuelta y se fue, a pasos lentos, por el mismo camino peregrino que lo había traído.

Fulgencio, dejó rodar por sus mejillas unas cuantas lágrimas furtivas, y no le despegó la vista a aquel personaje caído del cielo, por así decirlo, hasta que lo vio desdibujarse por completo en lontananza.

JORGE KATTÁN ZABLAH: Narrador y ensayista salvadoreño. Se tituló de Abogado en Chile y de Doctor en literatura española y latinoamericana en Estados Unidos. Es autor de cinco colecciones de cuentos y de un libro (ensayo) sobre el tema de Don Juan. Sobre su narrativa se han escrito numerosos ensayos. Sus cuentos figuran en antologías a nivel salvadoreño, centroamericano y latinoamericano. Casi todos sus relatos tienen lugar en Cojontepeque, una ciudad mítica a la vera de Comala y de Macondo. Es Director Emérito del Departamento de Español de la institución académica Defense Language Institute, en Monterrey, California. Es miembro correspondiente de la Academia Salvadoreña de la Lengua y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Reside en Carmel, California.

La señorita Aurelia

POR MARÍA TERESA AZUARA

Mexicana

Esta mañana la señorita Aurelia se levantó más temprano que de costumbre. Había dormido mal, con un desasosiego que la inquietaba. Qué sería esa sensación en el pecho, como un cosquilleo que por momentos se convertía en galope. “Taquicardia”, le había dicho el médico unas semanas antes cuando lo había visitado alarmada. “Pero no había que preocuparse, eran cosas de la edad. Necesitaba caminar, llevar una vida sana, tranquila”. Pero si así eran sus días, sin mayores sobresaltos. Bueno, tendría que darse prisa si quería llegar a misa de siete, así que tomó un baño rápido, se recogió el cabello gris con una peineta y se puso el vestido azul con bordados a mano que la hacía verse más joven, a pesar de las marcadas líneas alrededor de los ojos que ya no podía disimular. Un poco de rubor, unas gotas de su loción de jazmín y no debía olvidar el chal negro sobre la cabeza. “No pueden entrar en el templo sin cubrirse la cabeza”, decía desde el púlpito el padre Luciano con el entrecejo fruncido cuando veía a alguna mujer descubierta. Pues sí, tenía razón, era en señal de respeto al Señor. Jaló la puerta y bajó sin hacer ruido para no despertar a los huéspedes. Doña Roque, la dueña de la casa, tomaba en pequeños sorbos su imperdonable café de la mañana en la mesa de la cocina, mascullando algo apenas inteligible que parecían ser sus pendientes del día. Aurelia no quería entretenerse, sabía que comenzar a conversar con ella era perder toda la mañana.